
El Aguará-Guazú

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9075

Título: El Aguará-Guazú

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Artículo, Crónica, Cuento

Editor: Brian

Fecha de creación: 28 de julio de 2026

Fecha de modificación: 28 de julio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Aguará-Guazú

La palabra guaraníca aguará, corresponde a zorro en nuestra lengua; y guazú, a grande. Con estas dos expresiones se designa a un rarísimo animal del bosque huraño y sombrío a más no poder, y cuyo singular aspecto puede definirse diciendo que es un zorro rojizo, con altísimas patas de lobo.

Esta longitud de las patas, y el extraño modo de moverlas, constituyen en efecto los dos rasgos más destacados del aguará-guazú.

Como los camellos, las jirafas, los coatíes y, particularmente, los caballos de paso "andador", el aguará-guazú marcha avanzando a un tiempo las patas del mismo lado, y no cruzadas, como es la norma en casi todos los cuadrúpedos, y que el hombre mismo observa en sus miembros, quién sabe desde qué remotísimo pasado.

Pocos animales han sido objeto de leyendas más extraordinarias que las que ilustran a este fantástico —o, mejor dicho, fantasmal— zorro. Con su flacura, sus altas patas, sus orejas en punta y su largo andar, puede muy bien este aguará dar en un crepúsculo de selva la impresión de un espectro.

En el Zoo, detrás del pabellón de los leones, hubo hace años un aguará-guazú, siempre en una especie de viaje de sonámbulo por su cercado, que recorría en cuatro silenciosos trancos.

En casa tuvimos dos recién nacidos, y que no criamos bien por faltarnos leche entonces... Con caldo y papillas hicimos lo posible, al punto que los aguaracitos llegaron a contar un mes entre nosotros. Como la tigre de que ya he hablado, aquéllos nos seguían por todas partes, con la cabeza a tierra y el cuello duro entre los hombros.

No sé en verdad si aquel seguimiento de apariencia tan afectuosa, no era en el fondo una obstinada persecución de su presa, que de nosotros les llegaba. Cuando en los últimos tiempos les dábamos un pedacito de carne,

su actitud a nuestro respecto variaba bruscamente. Echábase entonces encima de ella, con patas y cuello, todo erizados, y sus ojos azules, normalmente sin vida, centelleaban entonces al menor intento nuestro de acercarnos.

Poco a poco se apaciguaban, y cruzando el patio de arena con su presa en la boca, iban, cada cual por su lado, a esconderse bajo el espartillo, con las orejas gachas y ondulaciones de grandes fieras.

No nos podíamos acercar entonces. A la menor sospecha, roncaban con una profundidad que jamás se hubiera supuesto en aquellos muñecos. Y quienes luego regresaban a nuestros pies eran las mismas calmas bestiezuas de mirada celeste, bizca y atónita de un rato antes.

Una mañana, un aguará salió de su casilla más tarde que de costumbre. Caminaba al sesgo, tambaleándose, y no parecía ver lo que tenía por delante. Se echaba y volvía a levantarse, sin saber para qué, pues no sufría en apariencia. Era víctima de una disentería muy viva.

A la mañana transiguiente sólo salió el aguaracito sano, pues el otro había quedado dentro, muerto. Y fue asimismo inútil cuanto hicimos para salvar al que nos quedaba. Enfermó días después, con el mismo cuadro clínico que el otro, e idéntico fin.

No creo hoy, sin embargo, que hubiéramos podido conservarlos. Los aguará-guazús mueren al poco tiempo en cautividad, por falta de adaptación, como se dice ahora, o minados, como se decía antes, por el "mal del país".

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)